

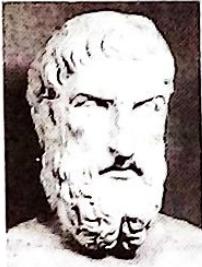
Manuel Molina Sánchez:



## Lucrecio y el

Entre el 25 y 28 de julio se llevó a cabo las I Jornadas de Estudios Clásicos de España - AECI, Unión Latina - Bolivia, Unión Nacional de Poetas Espanoles

La siguiente es una de las



*Suave, mari magno turbantibus aequora ventis,  
et terra magnum alterius spectare laborem,  
non quia vexari quemquamst iocunda voluptas,  
sed quibus ipse malis careas quia cernere suave est.  
Suave etiam bell' certamina magna tueri  
per campos instructa tua sine parte pernici  
Sed nil dulciss est, bene quam munia tenere  
edila doctrina sapientum tempia serena,  
despicere unde quas alios passimque videre  
errare atque viam palant quaretra vitae,  
centare ingenio, contendere nobilitate,  
noctes atque dies nili praestante labore  
ad summas emergere opes rerumque potiri.  
O miseris hominum manti, o pectora caeca!  
Qualibus in tenebris vitae quantisque periclis  
degredi hoc aevi quodcumquest! Nonne videre  
nihil aliud sibi naturam latrare, nisi utque  
corpo seluncius dolor absit, mente fruatur  
lucido sensu cura semota metuque?  
Ergo corpoream ad naturam paucia videmus  
esse opus omnino: quao demand cumque dolorem,  
delicias quoqua ulli multis substomat possint  
Gratus interdum, neque natura ipsa requirit,  
si non auro sunt iuvenum simulacra per aedes  
lampadas igniferas manibus relinquent dextris,  
lumina nocturnis epulis ut suppedantur,  
nec domus argento fulget auroque rendet  
nec citharae reboant laqueata aurataque tempa,  
cum lamen inter se prostrati in gramine mollis  
propriet aquae nivis sub ramis arboris altae  
non magnis opibus iucunda corpora curant,  
prosternit cum tempostas artid et anni  
tempora conspurgunt virginalis floribus herbas.  
Nec calidae citius decadunt corpora febres,  
textilis si in picturis ostreque rubent,  
lacteis, quam si in plebea veste cubandum est.*

(Es dulce, cuando sobre el vasto mar los vientos revuelven las olas, contemplar desde tierra el penoso trabajo de otro, no porque ver a uno sufrir nos dé placer y contento, sino porque es dulce considerar de qué males lo eximes. Dulce es también presenciar los grandes certámenes bélicos en el campo ordenados, sin parte tuya en el peligro; pero nada hay más dulce que ocupar los excesos templos serenos que la doctrina de los sabios erige en las cumbres seguras, desde donde puedan bajar la mirada hasta los hombres, y verlos extraviados confusos y buscar errantes el camino de la vida,

rivalizar en talento, contender en nobleza, esforzarse día y noche con empeñado trabajo, elevarse a la opulencia y adueñarse del poder. ¡Oh miserias mentes humanas! ¡Oh ciegos corazones! ¡En qué inleblas de la vida, en cuán grandes peligros se consume este tiempo, tan breve! ¿Nadie ve, pues, que la Naturaleza no reclama otra cosa sino que del cuerpo se aleja el dolor, y que, libre de miedo y cuidado, ella goce en la mente un sentimiento de placer? Así, a la naturaleza del cuerpo vemos que es muy poco lo que hace falta para alejar el dolor, y aun para ofrecer abundantes delectes. Más grato es a vecos, y la Naturaleza no pide otra cosa, aunque no haya en la estancia doradas estatuas de jóvenes sosteniendo en sus diestras lámparas encendidas para iluminar los banquetes nocturnos, ni brilla la casa con plata, ni resplanda de oro, ni el áureo artesonado resuena al son de la cítara, poder, en cambio, tendemos unos junto a otros en el cespód suave, cabe un arroyuelo, a la sombra de un árbol copudo, y regalar el cuerpo sin grandes dispelos; sobre todo si el cielo sonríe y la estación del año esparce de flores el verdor de la hierba. No salen más pronto del cuerpo las fiebres ardientes si te acuestas en bordados tapices y en púrpura roja, que si has de yacer en ropa plebeya.)

En estos versos iniciales del libro II del poema *De rerum natura* de Lucrecio, interpretados a veces erróneamente como puro egoísmo hedonista, se concentra, bellamente expuesta, toda la doctrina epicúrea sobre la felicidad del sabio.

Nacido, al igual que el Estoicismo y el Escépticismo, como movimiento filosófico helenístico que busca la felicidad del hombre, el Epicureísmo se caracteriza por su visión materialista de la realidad. Es, además, un pensamiento estrechamente vinculado con la vida, un saber para poner en práctica, no meramente teórico.

Su premisa básica es que, desde su nacimiento, el hombre tiende por propio impulso hacia el placer, a gozar de lo que produce bienestar y rechazar lo que causa dolor. Con la aplicación de esta sencilla premisa el ser humano puede liberarse de todos los males y temores que lo asedian: el miedo a la muerte, la superstición, el miedo a los dioses y a los fenómenos desconocidos. Porque eso es precisamente lo que nos enseña la naturaleza, que para gozar de la vida hay que deshacerse de ella todo lo que produce dolor. Conocer el funcionamiento de la naturaleza os, por tanto, el primer paso para ser feliz.

El placer, por consiguiente, os el supremo bien al que aspira el hombre, como el dolor el supremo mal. Mas no se trata de un placer de tipo hedonista, del goce por el goce, sino que es el placer que proporciona la serenidad interior, la tranquilidad de espíritu, la "ataraxia". Es el placer que se experimenta cuando se ha suprimido todo dolor. En verdad el supremo placer para el Epicureísmo consiste en la carencia de dolor. Es más, en ocasiones será preciso cierto sufrimiento para lograr después mayor placer: el esfuerzo físico del atleta, por ejemplo, para obtener el placer posterior del bienestar corporal o de la victoria.

Todos los temores que esclavizan al hombre proceden de la ignorancia. Pues si los hombres conocieran cómo se rige el mundo y cuáles son las leyes que gobernan la naturaleza, comprenderían que no hay motivo alguno para el temor. En efecto, el Epicureísmo considera que el hombre puede ser plenamente libre y feliz si descubre y aplica cuatro sencillas normas (el llamado tetradámaco o cuadrifámaco):

1) No hay que temer a los dioses porque su existencia es independiente de los humanos.

2) No hay que temer a la muerte porque en nada nos afecta.

3) Los bienes son fáciles de obtener con la consecución del placer por la "ataraxia".

4) El mal es finito, no existe siempre, su duración es breve.

Si, además, a estas cuatro reglas unimos los principios básicos que explican el universo, obtendremos un conocimiento cabal de la naturaleza. Estos principios son:

1) Nada procede de la nada por obra divina: nacer y crecer están sometidos a leyes físicas.

2) Nada retorna a la nada, la naturaleza disuelve cada cosa en sus elementos, pero no la aniquila.

3) Las dos únicas sustancias que existen por se en la naturaleza son átomos y vacío. Ambas son eternas. Todo lo demás son bien atributos o propiedades (conjunta), bien accidentes (eventua) de aquellas.

4) Los átomos están en continuo movimiento, siguiendo una trayectoria rectilínea que los impulsa de arriba abajo. Mas no es una trayectoria rectilínea, sino que en su caída observan una mínima desviación imperceptible (clinamen), que permite el choque de unos con otros, evita el fatalismo y hace posible el libre albedrío.

5) La aseveración anterior niega toda posibilidad de providencia divina. Los dioses y los hombres tienen existencia y destino diferentes, sin que aquellos intervengan en la vida de estos.

6) El universo es infinito y está compuesto por un indeterminado número de mundos finitos, de entre los cuales el nuestro se formó por una específica aglomeración de átomos (el caos). Como finito, desaparecerá un día bajo los efectos de un catáclismo.

7) Los sentidos son la única vía fiable de conocer la realidad. La razón puede falsear el conocimiento de las cosas. La ortodoxia del

dogma llegó incluso a mantener principios ya superados en avances posteriores a Epicuro, como el de que el tamaño del sol o la luna no habla de ser muy diferente del que se observa a simple vista.

8) El alma es corpórea y mortal: fenoce al tiempo que el cuerpo.

9) La muerte en nadie afecta. No hay vida de ultratumba. Es inútil, por tanto, deplorar la pérdida de seres queridos y temer a la muerte, porque mientras vivimos no hay muerte y no debe haber dolor, y una vez muertos, no percibimos el dolor.

Toda esta doctrina epicúrea se encuentra recogida en el extenso poema *De rerum natura*, del poeta latino Tito Lucrecio Caro. No sólo eso, sino que Lucrecio es la fuente más fiable y el mayor testimonio conservado del Epicureísmo. Porque Lucrecio es un discípulo muy leal a Epicuro, que siente verdadera devoción por el maestro y que describe con pasión las enseñanzas que ha recibido y de las que está profundamente convencido.

Tito Lucrecio Caro es un poeta del que apenas se conservan datos biográficos. Sabemos que nació entre el 98 y el 93 a.C., y murió en el 55 o 54 a.C. Sobre su vida San Jerónimo nos transmite una leyenda, poco verosímil, según la cual Lucrecio padecía algún tipo de perturbación mental ocasionada por la ingestión de un filtro amoroso, en los intervalos de cordura que le permitía la enfermedad habría compuesto su poema. Finalmente, en una de las frecuentes crisis de locura habría puesto fin a su vida. Esta información, en su conjunto, es poco creible; como afirma algún investigador, puede proceder de enemigos de la doctrina epicúrea interesados en desacreditarla. No falta, empero, quien la da por buena.

Legendas aparte, lo que la tradición nos ha conservado es un voluminoso poema en 6 libros de unos 7400 versos en hexámetros dactílicos. Del poema se han debatido mucho sobre todo dos aspectos: el orden de los libros y su final. Tal como se nos han transmitido, los 6 libros están ordenados a pares, según su contenido: I y II tratan de la física atómica, III y IV de la psicología epicúrea, V y VI del mundo y sus fenómenos. Algunos editores, sin embargo, piensan que éste no es el orden en que fueron originariamente compuestos. Se cuestiona así mismo el final del poema. Es una opinión muy extendida la de que el *De rerum natura* está inacabado. De hecho, contrasta mucho con la lógica general de la obra, muy estructurada en su conjunto, que el final se nos presente de forma abrupta con la descripción de la pestilencia Atenas, sin que se hayan cumplido algunas promesas anunciatas previamente, como la exposición de la teología epicúrea. Resultan también sospechosas algunas repeticiones de versos en distintos libros y la colocación de clérigos hexámetros fuera de lugar. De manera que, si no inacabado, lo que si parece verosímil es que el *De rerum natura* se publicase a falta de una última lima. Precisamente de la corrección del poema, según se deduce de testimonios antiguos, se habría hecho cargo Cicerón, quien lo habría editado de manera póstuma.

En cuanto a la ortodoxia de la doctrina expuesta en el *De rerum natura*, ya hemos afirmado que Lucrecio es un discípulo muy fiel a su maestro. En efecto, no hay más que leer los prólogos que encabezan cada libro, para notar la devoción y sincero aprecio que Lucrecio siente por Epicuro. Son cuantiosos, en este sentido, los versos dedicados a exaltar la figura del maestro. Es el caso, por ejemplo, del prólogo del libro III:

*E tenebris tantis tam clarum extollere lumen  
qui primus poluli inlustrans commoda vita,  
la sequor, o Graiae gentis docus, inquit tuis nunc  
ficta pedum pono pressis vestigia signis,  
non ita certandi cupidus quam propter amorem  
quod te imitari aeo; quid enim contendit hirundo  
cynicus, aut quidnam tremulis facere aribus haodi  
consimile in cursu possint et fortis eque vis?  
Tu, pater, es rerum inventor, tu palma nobis  
suppedatis precepta, tuisque ex, include, chartis,  
floriferis ut apes in salibus omnia libant,  
omnia nos itidem depascimur aurea dicta,  
aurea, perpetua semper dignissima vita.  
Nam simul ac ratio tua coepit vociferari  
naturalum rerum, divina mente coorta,  
diffugunt animi terrors, moonia mundi  
discedunt, totum video per inane gerit res.  
Apparet divum numen sedesque quiebat,  
quas neque concutunt venti nec nubila nimbus  
asporgunt neque nix acri concreta pruina  
cana cadens violat sompnoque innubitis aether  
integrit et largo diffuso lumine rido.  
Omnia suppedatis porro natura neque ulli  
res animi pacem delibat tempore in illo.  
Ali contra nusquam apparent Acherusia tempia  
nec felius obstat quin omnia displanatur,  
sub pedibus quascunque infra per inane goruntur.  
His ibi me rebus quasdam divina voluptas  
percepit aliquo horror, quod sic natura tua vi*

